



UME

Otro garaje más

Brigada Gustavo Iglesias Garrido
Quinto BIEM de la UME

EL 29 de octubre amanecía en León como un día cualquiera. Sin embargo, en Valencia, la situación era otra. Las noticias sobre lluvias torrenciales comenzaban a circular, aunque la magnitud real del desastre aún era incierta. A la base del Quinto Batallón de Intervención en Emergencias de la UME la alerta llegó con un mensaje corto, pero contundente: «Por motivo de OP. Inundaciones Valencia, presentarse en base a la mayor brevedad».

El protocolo se activó de inmediato. En cuestión de horas, la preocupación se transformó en certeza: había víctimas y la situación climática era crítica. Desde primeras horas de la tarde, los efectivos del Tercer Batallón, con base en Valencia, ya trabajaban en el lugar, pero la emergencia creció rápidamente y exigió la movilización del resto de unidades.

El Quinto Batallón inició un viaje de casi doce horas atravesando el país. Una travesía agotadora con un solo objetivo: llegar lo antes posible a la zona afectada. Apenas pusieron pie en Valencia, comenzaron las labores de rescate, sin escatimar esfuerzos. Cada minuto contaba.

EL INFIERNO DE ALGEMESÍ

Un cabo del Quinto Batallón, que acude junto a sus compañeros a la zona asignada, cerca de Algemesí, relata que llegar allí fue un desafío: calles inundadas, vías cortadas y un acceso casi imposible. Al entrar en la localidad, una imagen quedó grabada en su memoria: un *Mercedes* suspendido a más de dos metros del suelo, atrapado entre las intersecciones de la calle Albalat y Santa Bárbara. Un testimonio visual del poder del agua.

Las labores de rescate se iniciaron con una prioridad clara: salvar vidas. El olor a lodo y aguas residuales impregnó el ambien-

te, un recuerdo imborrable para quienes estuvieron allí. Una de las primeras intervenciones fue entrar en garajes inundados, buscando a posibles desaparecidos. Con el agua todavía sin descender, avanzar era casi imposible. Sin embargo, la revisión comenzó: coche tras coche, se exploró cada rincón de aquellos sótanos convertidos en trampas.

UN GARAJE TRAS OTRO

El ritmo de trabajo se intensificó. Los turnos parecían interminables, pero la determinación pesaba más que el cansancio. Autobombas, motobombas y herramientas de extracción se convirtieron en extensiones del propio cuerpo. Cada jornada arrancaba con el característico sonido de las bisagras de una puerta abriéndose, marcando el inicio de una nueva batalla contra el agua y el barro.

Mientras un equipo se encargaba de extraer el agua, otro revisaba la disposición de los vehículos para retirarlos. Eran docenas los que esperaban ser rescatados. Al mismo tiempo, en el exterior, máquinas y compañeros organizaban el traslado a zonas seguras.

El trabajo no se detenía: baldeos, limpieza de calles, búsqueda de desaparecidos. La vida en Algemesí intentaba retomar su curso, pero para los militares, cada jornada era un ciclo que se repetía sin descanso. Bajando rampas resbaladizas, sorteando escombros y combatiendo el agotamiento, siguieron adelante.

UNA LUCHA QUE CONTINÚA

El olor se volvía imperceptible, el uniforme de vadeo era ya parte de la piel. Finalmente, el garaje de la calle Albalat nº 40 quedó despejado. Uno más en la lista, un pequeño triunfo en una lucha aún inconclusa. Para los habitantes de Algemesí, aquel esfuerzo significaba una luz en medio del caos.